

Vivientes

La mujer educadora

Lo que hace a las mujeres — dice Schopenhauer — particularmente aptas para educar a nuestra primera infancia, es que ellas mismas continúan siendo toda vida niñas grandes, una especie de intermediarias entre el niño y el hombre. Bien entendido, para este entendido de las cosas, es este un estado de inferioridad filosófica, sin embargo, estiman en ellas la fuerza de alma, que continúa aún en el rostro se marchita: cualidad para muy pocos hombres poseer, y que todo humano debía esforzarse en conservar.

En este punto de vista, la mujer presenta al niño, afinidades preciosas y que permiten comprenderlo. Todas las mujeres, con muy raras excepciones, se interesan por los niños y sienten agrado de ocuparse de ellos. Cuando no ha alcanzado, en el desarrollo (el metro) o en un tranvía, la crisis de benevolencia con que las mujeres acogen a un niño llevado en los brazos de la madre? Lo miran, se informan de sus progresos, de sus acciones; es como que las une a todas, las viejas y las jóvenes, las ricas y las pobres.

La mujer experimenta fuertemente la necesidad de proteger a un ser más débil: se inclina sobre sus muñecas; más tarde, si la ternura maternal se extiende al niño después al hijo. Este deseo de cuidar los brazos sobre alguno, se une en ella a la necesidad de espacarse, de preparar lo que ella sabe. Se hace burla frecuentemente de la charlatanería y futilidad de la mujer, pero no se ha pensado que esta función es necesaria a la educación infantil. La función que hace del hombre un hombre, es la obra particular de la mujer: un niño educado por una mujer muy pura y muy charlatana, se forma más pronto y a la palabra, por consiguiente, a la conciencia psicológica; al cuidado de un hombre (autoritario), el mismo niño se desenvuelve muy lentamente, y tan lentamente que jamás no alcanzaría jamás el límite de su inteligencia práctica. (Revue de Gourmont).

¿Qué una opinión que rehabilita la charlatanería femenina. Y ese amor de los pequeños detalles, esa solicitud propia intelectual, es ella también infinitamente preciosa, cuando se piensa que la educación es solamente, según el verso del poeta, una obra que requiere mucho amor, sino que requiere ante todo paciencia, una observación constante, y minuciosidad.

Sensibilidad aguzada, afinidades numerosas, paciencia y aplicación minuciosas, necesidad de espacarse en saber y sus ideas, contribuyen a hacer de la mujer la educadora natural del niño. Pero frecuentemente, estas cualidades son mal empleadas, por el servicio de una educación dogmática y autoritaria, que impone ideas hechas, una libre discusión es prohibida y considerada inmoral. Demasiadas madres desean hijos semejantes a ellas mismas, nutridos de las mismas opiniones y de los mismos prejuicios. Les parece poder revivir su propia juventud en la de sus hijos o sus hijas; se sorprenden dolorosamente de encontrar estos indiferentes, y aún opuestos, a lo que ellos han sido. Sus recuerdos personales, la poesía un poco romántica del pasado, hacen el cual tornan sus miradas, las inclinaciones, si no se ponen en guardia, a querer revivir su propia vida en la de sus hijos. La educación no debe, a ningún precio, ser de los niños la reproducción más o menos exacta de los padres y, de los madres, como ellas no deberán producir ejemplares de un tipo social dado, como el buen ciudadano o el buen soldado.

Una mujer, una educadora de genio, ha puesto en el curso de los últimos años cuestiones muy interesantes sobre la edu-

El grito del corazón es ya un símbolo. Sin embargo, uno requiere el esfuerzo de la sangre activa para su buen funcionamiento. Estamos con el nervio motor y no con el nervio sensible. La sensibilidad es alma frágil que da su sonido y se pierde después. El nervio motor es el alma energética, un coraje vigoroso que se echa en la acción y que no se pierde nunca.

La libertad simbolista se pierde en nebulosidades de abstracción. En cambio, la libertad radica en el consorcio fraterno de las experimentaciones, basada en lo psicológico, en lo sociológico, en lo científico, es la facultad de obrar individualmente, no con la expresión voluntaria de la parlanchinería, sino con la concreción de algo que se puede percibir y que se sedimenta en el terreno profundo de las enseñanzas.

La libertad del uno comienza allí donde comienza la del otro. ¿Quién lo niega? El mundo es tan amplio como la misma extensión de la libertad, universalizada en cada uno, glorificada en símbolo. Pero el símbolo no basta.

En la amplitud del mundo, no todo es realidad!

JUAN GRAVE

Juan Grave, que ha quedado reducido a publicar de vez en cuando en forma de pequeños folletos una especie de periódico, nos ha remitido una vez la colección junta de éstos — a pesar de haberlo hecho ya antes número a número —, y nos ha escrito, señalándonos para que tradujéramos y publicáramos en LA ANTORCHA, tales y cuales trabajos suyos que vienen en esos folletos.

¿No puede ser? Consideramos esos trabajos de bastante valor y lo que no superará a lo que nosotros mismos podemos hacer, aparte de algunos libros que encontramos en ellos observables; pero aunque lo tuvieran, aunque valieran mucho más, consideramos que no debemos necesitar de ellos, por cuanto Grave haría falta a nuestro movimiento, todo lo que él falla o cosa, y que pondremos de manifiesto más adelante. Podrá Juan Grave, en tales o cuales cuestiones, tener ideas acertadas; a nosotros no nos interesa siquiera constatarlo, por cuanto cuando queremos saber lo que piensan o tienen en su idea los anarquistas, no es a los hombres como Grave que queremos interrogar ni deseamos escuchar.

He aquí, para el conocimiento de los compañeros, unos extractos de una declaración titulada "A mis camaradas", publicada precisamente en el último número de esta colección, de fecha 8 de Septiembre del corriente año. Todo su comentario lo haremos por pequeñas notas que irán al final.

Convenido que la victoria alemana sería la muerte de toda idea de libertad, he escrito que intentar paralizar la defensa (nacional) subvertiría a la multitud — que no juzga de intenciones sino de hechos —, contra aquellos que se harían así torpemente los auxiliares del adversario, y que ellos no tendrían (si los linchaban o despedaban) sino lo que habrían merecido. (1)

A los hacendados de los "Vagabondos", no he respondido que estaba pronto a firmar de nuevo artículos a favor de una nueva guerra, sino que no renegaba nada de mi conducta de 1914, y que en circunstancias idénticas estaba presto a obrar como he obrado. (2)

Responder de los anarquistas — como de todos aquellos que se precian de ser seres humanos — era oponerse a la guerra. Pero, entre el deber y la posibilidad de cumplirlo, hay un abismo. No habría fuerza capaz de detener la carnicería. No quedaba más que sufrir lo que no se habla sabido ni podido impedir. (3)

Era preciso, cuando menos, predicar la resistencia! La mayor parte de los que hoy padran contra nosotros, estaban en edad de ser movilizados. Si ellos hubieran predicado la negación a tomar las armas, o se hubieran negado a tomarlas, no estarían hoy en estado de injuriarnos. (4)

Quedar neutral es muy lindo, pero yo quisiera verlos en región invadida para saber como se hubieran comportado delante de los excesos de una soldadesca victoriosa. (5)

Entre dos males es preciso elegir el menor. (6)

Se nos dice que todos los militarismos son malos. Es exacto, pero añadiendo que pueden encontrarse más malos que los otros. (7)

Nosotros atravesamos, en este momento, una crisis de reacción. Es posible, pero si la guerra hubiera terminado por una victoria alemana, sería aún peor. El militarismo alemán vencedor, era la mordaza por un siglo. Hay circunstancias en que es preciso elegir. (8)

Si muchos de nuestros camaradas son demasiado bestias para comprenderlo, no es una razón para que yo obrara tan bestialmente como ellos.

He ahí el hombre de quien debíamos tomar en consideración sus opiniones o sus ideas sobre cuestiones anarquistas. ¿No es

Libros para la venta a favor de la liberación de R. Flores Magón y L. Rivera

Por la libertad de Flores Magón y Librado Rivera, — Recopilación de cartas, artículos y manifiestos, en un abundante tomo de 160 páginas. \$ 0.80

El gran crimen europeo por Pierre Quirque. 0.50

La institución Sacrosanta. 0.20

Problemas actuales. 0.20

La Nueva Ilusión Mental. 0.20

Námenes rebeldes. — Colección de artículos de R. Flores Magón y Práxedes G. Guerrero, importantes como belleza y combate. Precio: \$ 1.

Añadir el franqueo para la remisión por Correo.

hacia adelante la nave, con los ojos dirigidos hacia la impenetrabilidad del misterioso porvenir; solo los hijos de la sombra simultáneamente iluminados sus hechos vellosos por la llama voraz; solamente los trabajadores ven a través de los párpados sin pestañas un "mañana" de ensueño que no puede ser peor que el "hoy".

Mas sobre cubierta se tiembla: los pasajeros, malos, se miran sin osar interrogarse. Un corrido una voz, pronunciada no se sabe por quien, pero repetida mentalmente por todos: "hay un cadáver en la bodega".

Esta no es una superstición: este es un cadáver que trae desgracia cierta, porque infecta el aire con exhalaciones pestilentes; para colmo ya no es embalsamable.

Es necesario decidir a arrojarlo al mar, si no queremos que una terrible epidemia termine por cadaverizar toda la población de la ciudad flotante.

El capellán del buque con sus conjuros no puede salvarnos del peligro; la obra del médico también resulta superflua y los cubos de agua arrojados por los marineros no alcanzan a desinfectar la embarcación. Si el comandante no toma disposiciones, es necesario recurrir a los argonautas para que se salven de este inebio y de este peligro. Para ellos es asunto de pocos minutos. Se trata de una obra penosa y piadosa, pero necesaria y urgente.

Es necesario arrojar al mar el cadáver de la burguesía.

Esto Darwin.

Un cadáver en la bodega

Una de las más bellas poesías de Ibsen está inspirada en la conocida superstición de los marineros, según la cual una desgracia debe ocurrir a bordo si hay un cadáver en la bodega.

El barco se aleja del puerto entre la absoluta desprecocupación de los viajeros, y se dirige en busca de playas lejanas, que tienen misteriosos poderes para cargar y descargar mercancías que desconocen el capitán y los marineros y "la proa hiende con tanto ardimiento la onda amarga, que el océano no parece lo suficientemente ancho, con sus olas y sus flujos potentes, para contener la inmensa alegría de vivir".

La barca está segura. La brújula, el sextante y los antenios prometen una travesía feliz. La ciencia y la experiencia del comandante son la mejor garantía para todos.

Sin embargo puede suceder que, con ciego sereno, delante de un mar tranquilo, con una calma completa, de manera imprevista, en el rostro de alguno se retrate la más profunda inquietud.

¿Qué sucedió? ¿Cuál es la causa enigmática de este mal singular, que ha paralizado la voluntad, el valor, las palabras de todos? ¿Ocurrió algún accidente? — No. A bordo todo sucede normalmente; pero todo sucede sin alegría, sin fe, sin entos.

Una palabra se ha murmurado. Un "g" dice: ha corrido sordamente de proa y popa, y todos creen que viajan con un cadáver en la bodega...

Yo me la divorceo

¡Hombre! Y el "peludo" se ha ido a resaca la piel al sol, sin meterles el divorcio por las narices. ¡"Pobres angelitos!" reventados por la vida matrimonial, maldicientes del cura que, al cobrarles contra gotas de agua salada, les promueve una inabundable felicidad; desencantados del tintorillo que les apuntara en un libro sueco y grande, como aquel en que apunta sus ovejas el estanciero, y que, al entregarle los pesos de ley y la propina de ocasión para sus hurturas de zángano, les pintara un mundo de eterna armonía, en que todo iría como una barca en un mar de aceite; ahora que estaban con una válvula de escape, un escondrijo donde guardar los cobres, una trampa por donde "juirle" a la mentira del matrimonio convencional, legalizado y bendecido, sienten los perdigones en sus almas de chingolos. La borregada acepta como tal; no les dan el divorcio, el payche, la jugada a más y menos en la carpeta negra de la vida.

Una infinita armonía besa nuestra alma anarquista, llena de belleza y de libertad. Es que esas cosas grotescas, despreciables de la tierra, no se nos meten ni por asomo.

El matrimonio, como el divorcio, son para nosotros dos burdas mentiras; burguesas; dos falsedades: obligado, legal, indispensable el uno, legalizado, absolutario el otro. Cimentan el primero la familia, unión providencial de dos seres, para tirar diariamente con el carro destrozado de su mísera existencia, y como acertada de talures cimentó la alianza, legados de abogados terminará la farsa. ¡Y ni en el aballido de madera les han otorgado a los pobres diablos que hacen de ciudadanos!

Nosotros, acostumbrados a tocar fierro cuando pasa un cura o a darle con la puerta en las narices cuando se mete en nuestras cosas la autoridad, somos plenos de soberbia belleza, porque así — flores, lirios y verbos — somos ante la recia infamia de los ciudadanos, de los legisladores, de los venturosos. ¡Ah! Una confidencia: una risa cristalina, clara y fresca, se ha asentado en mi Pégaso, y yo, mozo rempujador y atrevido, me la "pianto", me la "divorceo".

J. M. Lanuza.

LA LIBERTAD

La libertad es un símbolo. Esperanza eterna del mañana encendida en el horizonte de la humanidad. La libertad es un símbolo, y el símbolo basta, a los cantores del ideal, a los que trascienden su acanto en la marca del ritmo, a los que banean en el proceso introductorio la llama maligna que enciende sus ojos y paros afectos. La libertad es un símbolo, y el símbolo no basta!

Algunos hablaban líricamente de la libertad, como que es palabra fácil de decirse, y la libertad fue alma del Congreso Anarquista. A él nos referiremos. ¿Quién habla de libertad no ocha al viento sin ton ni son las palabras para que le forme sentido quien más recorra! Quien habla de libertad forma el sentido mientras habla, si es que la franquicia de la idea los conceptos. ¡Real y viviente, positiva e inabstrata, tal es la verdadera libertad! Aquella que forja íntegra convicción, que sobrepaja la fuerza de la historia por senderos ignorados, y a modo de rudo asperón contra la voluntad del filo en la conciencia de los hombres...

El que parlotea enfáticamente en la tribu-

na, extendiendo los brazos como en un santo signo de devoción cristiana, para contarnos cosas muy lindas de la libertad con un lenguaje maravilloso que nos llega al corazón, podrá tener la virtud de subyugar un momento al auditorio, pero no tendrá la virtud de sembrar algo positivo en las mentes aun impresionadas por el murmullo de las frases. ¿No es esto un realismo un criterio justísimo? Si es un símbolo la libertad, no queda huecamente flotando en el aire como algo indeciso. Alifanese en la realidad, resquemorífico en la lucha. No en vano los hombres libres tienen por norma la sinceridad.

Pero los hombres libres se confían demasiado en la libertad, como en una razón pura. Abusan de ella, siendo un dulce elixir que cuando más embriaga, más despierta el ardor del silbuzo.

Tres borrachos de ensueño cantaron, sintieron la libertad, pero su canto y su sentir no aportaron nada a la conquista de esa bella esperanza.

¡Cantaron, sintieron, nada más! El símbolo no basta. Oigalo quien cree que el símbolo es todo.

— ¡No basta el símbolo, compañero! Haos falta la realidad, la vida en sí, la pujanza vi-

Una Revoltée.

De la "Revue Anarquista".

na, extendiendo los brazos como en un santo signo de devoción cristiana, para contarnos cosas muy lindas de la libertad con un lenguaje maravilloso que nos llega al corazón, podrá tener la virtud de subyugar un momento al auditorio, pero no tendrá la virtud de sembrar algo positivo en las mentes aun impresionadas por el murmullo de las frases. ¿No es esto un realismo un criterio justísimo? Si es un símbolo la libertad, no queda huecamente flotando en el aire como algo indeciso. Alifanese en la realidad, resquemorífico en la lucha. No en vano los hombres libres tienen por norma la sinceridad.

Pero los hombres libres se confían demasiado en la libertad, como en una razón pura. Abusan de ella, siendo un dulce elixir que cuando más embriaga, más despierta el ardor del silbuzo.

Tres borrachos de ensueño cantaron, sintieron la libertad, pero su canto y su sentir no aportaron nada a la conquista de esa bella esperanza.

¡Cantaron, sintieron, nada más! El símbolo no basta. Oigalo quien cree que el símbolo es todo.

— ¡No basta el símbolo, compañero! Haos falta la realidad, la vida en sí, la pujanza vi-

na, extendiendo los brazos como en un santo signo de devoción cristiana, para contarnos cosas muy lindas de la libertad con un lenguaje maravilloso que nos llega al corazón, podrá tener la virtud de subyugar un momento al auditorio, pero no tendrá la virtud de sembrar algo positivo en las mentes aun impresionadas por el murmullo de las frases. ¿No es esto un realismo un criterio justísimo? Si es un símbolo la libertad, no queda huecamente flotando en el aire como algo indeciso. Alifanese en la realidad, resquemorífico en la lucha. No en vano los hombres libres tienen por norma la sinceridad.

Pero los hombres libres se confían demasiado en la libertad, como en una razón pura. Abusan de ella, siendo un dulce elixir que cuando más embriaga, más despierta el ardor del silbuzo.

Tres borrachos de ensueño cantaron, sintieron la libertad, pero su canto y su sentir no aportaron nada a la conquista de esa bella esperanza.

¡Cantaron, sintieron, nada más! El símbolo no basta. Oigalo quien cree que el símbolo es todo.

— ¡No basta el símbolo, compañero! Haos falta la realidad, la vida en sí, la pujanza vi-

El que parlotea enfáticamente en la tribu-

na, extendiendo los brazos como en un santo signo de devoción cristiana, para contarnos cosas muy lindas de la libertad con un lenguaje maravilloso que nos llega al corazón, podrá tener la virtud de subyugar un momento al auditorio, pero no tendrá la virtud de sembrar algo positivo en las mentes aun impresionadas por el murmullo de las frases. ¿No es esto un realismo un criterio justísimo? Si es un símbolo la libertad, no queda huecamente flotando en el aire como algo indeciso. Alifanese en la realidad, resquemorífico en la lucha. No en vano los hombres libres tienen por norma la sinceridad.

na, extendiendo los brazos como en un santo signo de devoción cristiana, para contarnos cosas muy lindas de la libertad con un lenguaje maravilloso que nos llega al corazón, podrá tener la virtud de subyugar un momento al auditorio, pero no tendrá la virtud de sembrar algo positivo en las mentes aun impresionadas por el murmullo de las frases. ¿No es esto un realismo un criterio justísimo? Si es un símbolo la libertad, no queda huecamente flotando en el aire como algo indeciso. Alifanese en la realidad, resquemorífico en la lucha. No en vano los hombres libres tienen por norma la sinceridad.

na, extendiendo los brazos como en un santo signo de devoción cristiana, para contarnos cosas muy lindas de la libertad con un lenguaje maravilloso que nos llega al corazón, podrá tener la virtud de subyugar un momento al auditorio, pero no tendrá la virtud de sembrar algo positivo en las mentes aun impresionadas por el murmullo de las frases. ¿No es esto un realismo un criterio justísimo? Si es un símbolo la libertad, no queda huecamente flotando en el aire como algo indeciso. Alifanese en la realidad, resquemorífico en la lucha. No en vano los hombres libres tienen por norma la sinceridad.